Todo lo que no quieres saber sobre las expediciones polares

Pawel Skiba

Todo lo que no quieres saber sobre las expediciones polares

Paweł Skiba

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2022
©Pawel Skiba 2022
https://pawel-skiba.com/

Traducción del polaco a español: Ángel López,
Lingua Lab, www.lingualab.pl

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-85-6
IBIC: WTL

A mi padre, con quien hace ya mucho tiempo encendí mi primera hoguera

El lejano norte

El sol se elevaba lentamente sobre el horizonte, bañando perezosamente con sus rayos una gran extensión de nieve blanda como el algodón de azúcar, oculta bajo la cual yacía dormida la vida. La vida, esa magia en las plantas y los animales que esperan pacientemente el momento adecuado para abrirse camino a través de esa gruesa capa protectora y volver a ocupar el lugar que les corresponde en el mundo de los vivos.

Los rayos matutinos apenas calentaban la tienda del trampero, aunque incluso esta pequeña dosis de calor, era capaz de hacer que las pequeñas placas de hielo formadas en el techo, al congelarse el aire exhalado durante toda la noche, comenzasen a cubrirse de gotitas de agua, para a continuación, una a una, caer sobre la cara del profundamente dormido ocupante. El trampero se había acostumbrado a dormir de espaldas y al roncar, de manera inconsciente, había ahuyentado a los animales en un radio de casi medio kilómetro. Cuando otra gota de agua le golpeó en la misma punta de la nariz, abrió los ojos y arrugó consternado su frente surcada por tres profundas arrugas. Fijó la vista de sus ojos grises como la piedra y percibió un pedazo de hielo que se

desprendía del techo y que, con toda seguridad, habría vuelto a su lugar de origen, si el hombre no hubiese cerrado en el último momento su boca torcida en un gesto de sorpresa. En contacto con la piel de los agrietados labios, el delgado hielo se fundió inmediatamente, bajando por la barba y el cuello para finalmente impregnar de frío la blusa de lana que había proporcionado al cuerpo un agradable calor durante toda la gélida noche.

El trampero se estremeció y un ligero escalofrío recorrió su ancha espalda, terminando definitivamente el bendito sueño en el que todavía se encontraba hacía solo un instante. Solía tener unos sueños extraños, en los límites del delirio y, por lo general, prefería no recordarlos. Por ese motivo también ahuyentó las ideas que rondaban su cabeza y abrió el grueso saco de dormir, para, a continuación, arrastrarse fuera de él como una mariposa saliendo de su capullo en primavera. La tienda era demasiado baja como para sentarse en ella, así que, agachado, abrió la cremallera que protegía la entrada y salió al exterior.

Permaneció con los pies descalzos sobre la nieve, se enderezó y a continuación levantó los brazos hacia el cielo y se estiró con tal fuerza que pudo oírse el crujido de las vértebras volviendo a su lugar correcto tras la noche pasada sobre una delgada esterilla. La nieve congelada entre los ágiles dedos de sus pies le causaba placer, como si fuera la cálida y blanca arena de una playa paradisíaca. Habituado al frío, encontraba la felicidad en esos rituales cotidianos y no era capaz de imaginarse empezar el día de una manera diferente.

Sintió cómo el viento polar soplaba sobre su espalda húmeda por el sudor nocturno, aunque sin ver nada malo en ello. De hecho, la ropa se seca más rápido al viento. Caminó unos pasos desde la tienda y se bajó la parte delantera de los pantalones de lana fina, aunque cálida, a continuación, con su mano derecha, a

tientas, encontró su miembro encogido por el frío y, a pesar de las protestas naturales del cuerpo humano, lo sacó fuera. Dirigió su mirada a uno de los numerosos montones de nieve para, en poco tiempo, cambiar su color de blanco a amarillo. La orina era oscura y densa, debido a la deshidratación del organismo. Rápidamente horadó en el montón de nieve un agujero de forma irregular, que rellenó poco a poco con los fluidos evacuados por su organismo que se evaporaban al frío.

Un *lemming* adulto que en ese momento ensanchaba uno de los numerosos túneles en la nieve, se encontró bajo el chorro de orina del trampero, viéndose obligado a huir inmediatamente del lugar de sus agotadoras tareas. La mirada del hombre cayó sobre el animal del tamaño de un hámster que saltaba por debajo de la nieve, que se detuvo durante una fracción de segundo y le lanzó una mirada tan racional y llena de recriminación que se sintió más arrepentido que bajo la mirada de su propia esposa, cuando cierto día le pilló orinando en el lavabo.

—Vaya —dijo—, me pregunto quién diablos más aparecerá hoy por aquí…

Comenzamos

—¿Esto es una pieza de equipaje? ¿O más bien dos? —La pregunta llena de ironía formulada por la joven azafata que recogió mi equipaje, cayó sobre mí exactamente como me temía.

—A mí me parece una… —Probé tímidamente mis fuerzas.

—No se trata de eso, señor. Solo que no deseo que después alguien me venga con preguntas. ¿Seguro que esta estructura resistirá? —Cuando pronunció estas últimas palabras percibí en sus grandes ojos azules que ya había tomado una decisión definitiva y que, si ahora no lo estropeaba, la posterior parte de la negociación sería simplemente por diversión.

—Seguro, señorita. ¡Bajo mi responsabilidad! —Me puse derecho como un explorador al recibir una insignia y esperé en silencio el veredicto.

Por algún motivo, en las películas, las azafatas casi siempre parecen modelos, aunque lo cierto es que esta era la primera azafata realmente encantadora de todas las que me había encontrado en mis muchos años de viajes. Sin decir una palabra, imprimió la etiqueta y con un hábil movimiento la puso en la mochila.

—Gracias —hice una reverencia y, sin esperar a que la jefa cambiase de opinión, me dirigí hacia el control de seguridad.

Se trataba del saco de dormir atado a la mochila. Los sacos de plumón pueden ser bastante grandes y el mío no se alejaba en nada de esa media, ocupaba tanto espacio que meterlo en la mochila significaría que dentro ya no habría sitio para nada más. Por ese motivo, el saco de dormir comprimido hasta el máximo de las posibilidades, acabó en una bolsa de plástico transparente y luego rígidamente sujetado a la mochila con dos correas. Lo apreté con todas mis fuerzas y esperé a tener suerte durante la facturación. Sin embargo, sabía que, si una polaca podía tener dudas sobre la solución por mí, propuesta; una sueca, antes del viaje de vuelta, me cobraría sin más ceremonias el exceso de equipaje y no importaría mi encanto personal, si es que al volver de lo salvaje quedase todavía algo de él. Sin embargo, de eso me preocuparía más tarde.

Llegué al aeropuerto con mi amigo en un Toyota negro conducido por su novia. Desde entonces, cuando veo un coche negro en la calle me sudan las manos y me tiemblan las piernas a la altura de las rodillas. Algo curioso, teniendo en cuenta que la chica es realmente agradable y tranquila, pero tras el volante se convierte en un demonio. Cambiaba las marchas como si fuera a arrancar la palanca de su sitio y en las curvas simplemente podía sentir cómo los neumáticos se salían de las llantas. Este estilo de conducción nos permitió llegar al aeropuerto bastante antes de lo que había previsto.

Digamos que su novio se llamaba William. En primer lugar, debido a las diversas historias de mal gusto contenidas en este libro, será mejor que, en lugar de los nombres reales de sus protagonistas, emplee en su lugar unos sustitutos adecuados. Y en segundo lugar… los nombres polacos no suenan *sexy,* ni por

asomo. ¿Habría vendido Stephen King algún libro, si sus protagonistas fueran Piotrek, Kasia y Grzesiu? ¿O si el gigantesco John Coffey de *La milla verde* se hubiese llamado Bogdan[1]? Además, si mi libro fuera traducido y vendido en el extranjero, es seguro que el traductor supondría que mi nombre se escribe con «v» y no con «w» y todo el mundo pensaría que soy ruso. Para evitar estos desagradables errores, desde este momento me llamaré Pablo.

William es un tipo no muy alto, tranquilo y contenido, con una barba poblada, como la de un enano. Nos conocemos desde hace años y nunca lo he visto nervioso. Tampoco he visto nunca que resolviese algún asunto a tiempo. Es imposible que no te caiga bien.

—¿Qué tal con la maleta? —pregunté a William, cuando finalizó su tierna despedida de su novia y se colocó a mi lado en la cola del control de seguridad.

—Tío… he hecho la maleta esta mañana. Al final no me he traído ni la mitad de las cosas.

—¡Perfecto! Y el reloj ¡ya marca las 7.50! Habría apostado a que hoy también harías la declaración de la renta, pero veo que no ha ido tan mal.

—¿Cómo que no…? a las dos envié los informes al ministerio. Y por la mañana, cuando empecé a hacer la maleta, la mitad de las cosas no me entraron en la mochila. Compré esas botas de astronauta para -40 grados y he tenido que dejarlas. Las jodidas son demasiado grandes.

—¿De verdad que has dejado en casa las botas que compraste especialmente para este viaje?

—Sí —respondió evitando el contacto visual.

---

1 Aunque en este caso podría funcionar bien con Bogdan.

He aquí a William en todo su esplendor. No me imagino este viaje sin él.

Pasamos el control de seguridad sin problemas. A diferencia de William, yo ya llevaba puestas mis botas especialmente compradas (también resultaron ser demasiado grandes para entrar en la mochila), pero no eran unas botas para la nieve, diseñadas para -40° C, sino unas fuertes botas de invierno, para excursiones de montaña. La temperatura en el aeropuerto era tan alta que, poco a poco mis pies empezaron soltar jugo y merece la pena señalar que no tenía previsto lavármelos antes del día anterior a la vuelta. Algo parecido pasaba con la ropa interior térmica de dos piezas: me puse la parte de arriba de manga larga antes de salir de casa y pensaba volver con ella puesta.

En el lugar al que nos dirigíamos no había duchas y era necesario limitar el equipaje al mínimo absoluto por un motivo muy sencillo: cada objeto adicional llevado es un peso adicional en la espalda. La ropa interior térmica de lana de ovejas neozelandesas pasó su examen en el terreno, pero en el aeropuerto… ¡vaya tela! Ahora sé que podría haber dejado en la mochila sitio, aunque fuese para una única camiseta.

Todavía era temprano y, aunque antes de salir de casa tuve tiempo de comerme un trozo de la pizza de ayer con un huevo frito, William —como seguramente supones— estaba en ayunas. Así que nos sentamos en un bar del aeropuerto, donde mi compañero se tomó el bocadillo de jamón y queso más caro de todo Poznań y yo tuve un momento para, por pura diversión, observar a otros pasajeros. Unas mesas más allá se sentaba una familia: la madre, el padre y un hijo de cinco, puede que seis años. De su equipaje de mano sobresalían los típicos artículos para familias que viajan con niños. Almohadas, aperitivos, bebidas, juguetes. La madre corría tras el chiquillo, luchaba para que se comiese

algo y dejase de jugar con el teléfono, mientras que el padre traía a la mesa una cerveza fría recién servida bajo un manto de bella espuma blanca. Se sentó mirando a ningún sitio y se mojó los labios en la refrescante bebida dorada y su prominente nuez se movió ligeramente cuando tragó la primera dosis. Para él, en ese momento en concreto, comenzaban las vacaciones. Con toda seguridad esperaban al avión que los llevaría a algún lugar cálido situado al sur del país de la cebolla floreciente.

Me gustaría mencionar que desde hace algún tiempo estoy trabajando en mí mismo e intento no juzgar a las personas. Así que no juzgué al señor de la cerveza que volaba hacia sus vacaciones, pero al mismo tiempo intenté ponerme en su lugar. Puesto que la madre se encarga del niño y tiene la situación más o menos bajo control, ¿puede que realmente merezca la pena disfrutar de este breve instante y mirar con despreocupación a ninguna parte? Desde que yo mismo me convertí en padre, sé que esos momentos no se presentan muy a menudo, aunque, por otra parte, no puedo imaginarme una situación en la que tuviera que apurar una cerveza a la vista de mi hijo de pocos años.

—¡Oh, ha llegado nuestro equipo! —William me sacó de mis reflexiones, mirando por encima del bocadillo en dirección a la tienda libre de impuestos.

—Ha llegado la hora, vamos a saludarlos. Creo que a algunos nunca los he visto en persona.

Recogimos nuestras cosas y fuimos hacia los amigos con los que debíamos compartir en breve una tienda relativamente pequeña. Mejor conocerse, aunque sea un poco antes de pasar a un nivel tan alto de intimidad.

Delante de la tienda había tres tipos sospechosos por encima de los treinta. Tan solo conocía a uno de ellos y, por lo que sabía de él hasta ese momento, puedo decir que el nombre

que mejor le va es Marcus. Es el más bajo de los tres, con un pelo corto, oscuro y rizado, activo, normalmente alegre, aunque luchando con sutiles tics nerviosos. También era el más experimentado, si se trata de esquí de fondo, de todo nuestro equipo (lo que entonces no era una hazaña muy especial, teniendo en cuenta que mi experiencia, al igual que la de William, se encontraba en torno a las cinco horas de ruta en Jakuszyce). Junto a él estaba Steve, que debía pesar unos cien kilos, tatuado, expresivo y sumamente ruidoso.

—Nosotros todavía no nos conocemos, ¿verdad? —preguntó.

—Me parece que hace varios años competimos juntos en triatlón. ¿En Poznań?

—Sí, es verdad, ¡lo recuerdo! Fue una carrera muy buena.

La tercera persona era el miembro más silencioso y menos conflictivo de todo el equipo y se llamaba Benjamin. Dado que normalmente no hablaba si no se le preguntaba, todavía no había llegado el momento de conocerlo más de cerca.

—Puesto que ya estamos todos, propongo hacer las compras necesarias —comenzó Steve, dirigiendo la mirada hacia la zona libre de impuestos.

—Francamente, no planeaba beber en este viaje. Desde que llegué a la treintena, por motivos que desconozco, llevo cada vez peor la resaca y en lo salvaje me dará especialmente la pena perder tiempo con eso —dije.

—Vale, ¡tocaremos a más! Tengo aquí un litro de Jägermeister y si compráis una botella más debería ser suficiente para todos.

—¿Todos lleváis algo?

—Yo solo pretendo emborrachar a otros en caso de necesidad —replicó Marcus.

—Creo que voy a comprar whisky —dijo William y se dirigió sin más demora hacia la tienda.

Y Benjamin no abrió la boca.

Mantuve mi postura de que pretendía sacar de este viaje todo lo que fuera posible y no permitiría que el dolor de cabeza se cruzara en mis planes, por lo que no compré alcohol. Pero tengo que reconocer que, en momentos difíciles, un vasito de Jägermeister puede salvar la situación y estimular la moral de un equipo, en horas bajas.

Mientras tanto, apareció en el aeropuerto la familia Peterson. Agnes, a la que conocía desde mis tiempos de estudiante, su marido y dos hijos de unos cuantos años, sembrando caos y destrucción. Se sentaron precisamente en las sillas de la sala de espera, así que fui a saludarlos. El más joven, al ver que le tendía la mano, se tocó con la rapidez de un rayo la nariz con la mano derecha y después, continuando con un movimiento fluido, me dio una palmada con esa mano, provocando así la alegría de la turba.

—Dime Pablo… ¿para qué vais hasta allí? Ya he escuchado diferentes versiones —comenzó Agnes.

—Yo personalmente voy a ver la aurora boreal. ¿Y qué has oído en concreto?

—Por ejemplo, que vais a cazar osos polares y focas…

—¡Bueno! Pero escucha esto: ¡William le ha prometido a su novia una fotografía con un pingüino[2]!

Nos reímos todavía un poco de William, después de lo cual los Peterson se vieron obligados a ocuparse de manera activa de salvar el aeropuerto de su prole. ¿Pero qué importancia tiene la familia Peterson en nuestra historia? ¡Pues resulta que mucha!

---

2 Los pingüinos viven en el extremo sur, el opuesto, de nuestro planeta.

Volamos en el mismo avión hasta Estocolmo. Allí se unirá a nosotros el organizador de la fiesta, Carlos. De pelo oscuro, con unos modales impecables, conocido objeto de suspiros de damas de numerosas nacionalidades. La cosa es que vive en Estocolmo con su esposa, que durante el viaje se quedará sola con un niño en brazos y otro en la barriga. Es decir, exactamente en el mismo estado en el que yo dejé a mi media naranja. Creo que no tengo que explicar a nadie que ambas mujeres estaban ya furiosas con nosotros solo por la idea, ni qué decir tiene cuánto por su realización. ¡Precisamente aquí llegó en ayuda la familia Peterson! Se quedarán los próximos días con la esposa de Carlos, entreteniéndola, durante su ausencia. Un plan similar organizamos para mi mujer, aunque, en el último momento resultó que por causas ajenas a su voluntad no podía volar en avión. Debía ser algo perfecto, pero salió como siempre.

Me uní a William, Marcus, Steve y Benjamin. Ocupamos una mesa junto al bar, ya que, al parecer, nadie, aparte de mí había desayunado en casa. Estuve tentado de gastar unos cuantos *eslotis* en un bocadillo de aeropuerto, pero consideré que un estómago lleno antes de un viaje a lo desconocido no era una buena idea. Cuando comencemos el *vivac* en el medio del bosque tendré a mi disposición solo la comida traída de Polonia. Los chicos (en particular Carlos) estaban con el miedo en el cuerpo, pensando que al permanecer en el frío es necesario consumir cuatro mil kilocalorías al día. Para esa cantidad de calorías hubiera necesitado, por lo menos, otra mochila. Por suerte, las experiencias del pasado me permitieron afrontar el tema de manera más racional. Cuando medio año antes me preparaba para el triatlón en la distancia completa Iron Man intenté por todos los medios consumir tres mil kilocalorías cada día y recuerdo que, a pesar de los entrenamientos diarios, no era una tarea sencilla. También

por eso, al igual que antes del triatlón, acumulé reservas en el organismo, comiendo hasta saciarme los días precedentes a la salida y para el propio viaje había previsto cada día el siguiente menú: papilla de avena con frutas secas, dos comidas liofilizadas y aperitivos tales como ternera deshidratada y chocolate. No conté las calorías. También supuse que llegaríamos a alguna aldea *saami* (lapona), donde tomaríamos algunos manjares locales o que nos detendríamos de vez en cuando en algún refugio en el que disfrutaríamos de una comida caliente. Al hacer la mochila, sin embargo, adopté una variante pesimista, es decir, obsequiar al paladar con exquisiteces liofilizadas todos los días. Está bien reírse un poco de Carlos y su mochila con un alto contenido de calorías, pero, a pesar de todo, hay que llevar comida y una pequeña reserva, para evitar llegar al último día con el estómago vacío.

—¿Al final te has traído la olla? —me preguntó Marcus.

—Para calentar tengo la olla que venía con el hornillo, pero en ella no se puede llevar nada para el camino. Tiene una tapa con un agujero para dejar salir el vapor mientras se cocina y es bastante delgada, así que el té se congelaría en ella. Me he traído un termo para el agua hirviendo. ¿Y tú qué tienes?

—Una olla para cocinar, como tú, y un termo pequeño, solo para el café. ¿Has comprado otro para la comida?

—Sí, uno aparte para los liofilizados. Como me aconsejó John, por la mañana echo el polvo en el agua hirviendo dentro del termo, lo cierro y comeré caliente durante el camino, cuando me entren ganas.

—También pensé en eso, pero luego decidí que no voy a calentar eso por la mañana y llevarlo luego conmigo.

—¿Cómo planeas hacerlo? ¿Calentarlo por el camino?

—Más bien comer solo cuando volvamos al campamento y durante la ruta tirar de barritas o *beef jerky*.

Esta conversación, al igual que la cuestión de los pingüinos, confirmó mis sospechas de que, a pesar de que iniciamos los preparativos conjuntos hacía varios meses, cada uno de nosotros se había preparado para la expedición de forma diferente y tenía distintas ideas sobre su desarrollo. Eso era incluso bastante divertido. Un grupo de auténticos aficionados había comprado equipos polares especializados y partía de expedición hacia lo desconocido, pensando: «¡Ya veremos qué pasa!».

—Pasajeros con destino a Estocolmo, por favor, preséntense en la puerta número seis. —Por los altavoces se escuchó una voz femenina que indicaba que nuestra expedición acababa de comenzar.